

868
C.

Df 302
958
V.2

ESTUDIO DEL MUNDO

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.



86800

CAPÍTULO I.

Los amores con Zoraya de tal modo absorbían el perturbadísimo seso de Hacem, que no trabajaba en los asuntos públicos ni acometía ninguna bélica empresa; ¡él! tan activo allá cuando Dios quería, en los meses de su primera mocedad y en los comienzos de su proceloso reinado. Atento á las maniobras y manipulaciones cortesanas, que necesitara emplear para el deseado logro de su amor, no atendía el cuitado á las nubes que se aglomeraban sobre su cabeza, ni á los terremotos que se advertían ya bajo su trono. En todo el tiempo necesario á la preparación del raptó no había el Sultán asistido á la mezquita; no había revistado las tropas; no había puesto empeño alguno en las cosas y asuntos del gobierno. Después que Zoraya fué arrebatada por las industrias ya sabidas al serrallo de Boabdil, y al cariño de Moraima y al cortejo de Aixá, el Sultán solo había tenido tiempo, en su afán

amoroso, para celar á la joven cautiva, cada día más enamorada en su interior, aunque resistente á las regias caricias, y más resuelta, sin comprender su fragilidad irremediable, á no aceptar aquellos nefastos amores y á sucumbir en brazos de la muerte antes que caer en brazos del mahometano. La inflexible repulsa de Zoraya, naturalmente, había sumido al desatinado Hacem y á todas sus facultades intelectuales en una especie de somnolencia rayana en exaltada locura. No hacía más que dar gritos por sus estancias solitarias y dolerse, como cualquier joven enamorado y en celo, de su adversa estrella, que arrebatava el objeto predilecto á su exaltadísimo amor. Solamente Venegas, el renegado, autor con él de todas aquellas aventuras, llegaba en tales días á su presencia y participaba de sus secretos y compartía con él sobre la situación terrible y angustiosa de su perturbado espíritu. Los demás dignatarios de la corte nada sabían de Hacem y jamás eran llamados por aquellos largos meses de reclusión á la presencia del Sultán. Los imanes, que debían consultarle algún caso teológico; los ulemas, que debían recoger de sus labios algún consejo y advertencia para sus escuelas y universidades; los vizires, que debían someterle asuntos públicos de la mayor importancia, estaban lejos de su lado, sufriendo así todos los problemas de todas clases una irremediable tardanza, provocadora de quejas, disgustos y desabrimientos.

En tal estado, las imaginaciones orientales, cuya

inventiva es proverbial, sobre todo cuando se trata de forjar fabulosas y extrañas narraciones, divulgaron por todas partes, que Hacem había desaparecido del mundo y se necesitaba, por ende, ocurrir á su reemplazo y sustitución, para que no cayese Granada en tristísimo abandono por aquellos días terribles de provocaciones cristianas y de inminentes guerreras luchas. Quién aseguraba que Azrael, ó sea el alado genio de la muerte, había despedido su letal flecha sobre aquel monarca, derribándolo en las tinieblas eternas; quién decía que las injusticias del pueblo, poco pagado de la toma de Zahara y muy dolido de la pérdida de Alhama, esas injusticias, frecuentes en las decadencias de los imperios, habían hallado reprobación severa en el Paraíso que mandaba sus genios buenos á la cabecera del regio lecho de Hacem para recoger su alma y engarzarla, como un astro de primera magnitud, allá en la bienaventuranza y entre las constelaciones donde brillan las almas de los sultanes y califas. Todos daban esta ú otra explicación al apartamiento y ausencia de Hacem; pero nadie sabía, fuera de Venegas, lo extraño del caso y lo dulce del motivo. Mas, si no sabían la verdadera causa del singular alejamiento, sabían que Granada se iba poco á poco deshaciendo, y que necesitaba de una dirección más segura y más firme, si había de responder á sus deberes históricos y salvar la última y principal ara del Koran en esta nuestra cristianizada península. Los árabes de Damasco, muy poderosos é influyen-

tes, aunque de una indolencia y pereza verdaderamente asiáticas; los refugiados de tantas y tantas villas y ciudades como habían caído en ajenas manos, muy temerosos de cambiar los edenes granadinos por los arenales africanos; aquellos oriundos del Magreb, tan fuertes por su complexión y tan anhelosos de una próxima guerra; los varios bandos granadinos de gomeles, abencerrajes, zegríes; los muchos renegados católicos, á quienes la codicia ó la sensualidad tentara incitándoles á cambiar de iglesia y patria, muy temerosos de caer bajo el dominio de sus antiguos correligionarios, que jamás les perdonarían su traición; todos estos factores de una ciudad y de una monarquía en descomposición, sublevábanse á una contra la indolencia de aquel que á todos los regía; y demandaban gobierno reciente y nuevo, ya que había desaparecido el antiguo. Mas no todos estaban acordes y unánimes en la sustitución de lo que creían acabado y perdido. Estos suspiraban por que Boabdil entrara pronto en la herencia de su reino y en el ejercicio de su soberanía real; aquellos preferíanle su hermano menor dirigido por la tutela y la regencia de Aixá, en quien admiraban grandes cualidades y virtudes para el difícil oficio de reinar; estotros votaban por el Zagal, hermano de Muley Hacem, dotado por el cielo de todas las cualidades brillantes del Sultán y sin ninguno de sus defectos y de sus vicios; no faltaban partidarios del bravo Aliatar, padre de la hermosa Moraima; y hasta en sacerdotes de virtud,

en sabios de verdadera ciencia, en guerreros de temple, asomaba una idea muy singular: la de constituir, al modo de aquellas ciudades gobernadas por sus propios habitantes en la ruina del Califato cordobés, una especie de República, mandada por una fuerte y previsora oligarquía.

En esta situación en que todos los resortes del poder se aflojaron, creyéronse todos los dependientes de la real autoridad suprema completamente abandonados y próximos á un cambio del favor en que habían vivido y de la fortuna con que habían hasta entonces triunfado. Nada que muestre tanto la debilidad irremediable del gobierno, siempre arbitrario, de los déspotas, como la flaqueza que de todo Estado se apodera en los tránsitos forzosos de una dominación á otra dominación, ó de un déspota y señor á otro déspota y señor. Proviendo todo de arriba, no esperéis que abajo haya la natural aptitud para el gobierno propio y la previsión de quienes saben cómo las sociedades humanas tienen sus leyes propias y no pueden perecer, mientras quieran sostenerlas todos los que la componen y que se sienten ciudadanos y hombres. En la dejadez del Sultán, todas las esperanzas de sus enemigos, todas las ambiciones de sus émulos, todos los desordenados apetitos de sus vasallos, todas las intrigas y maniobras de sus harenes, todas las competencias de las diversas razas aglomeradas en el estrecho recinto del reino, cada día más mermando por las invasiones cristianas, todos cuan-

tos males gangrenosos y crónicos se padecían allí, todos tomaban terrible carácter de gravedad, haciendo presentir á los menos precavidos y previsores la total ruina del imperio musulmico en España. Por poca experiencia que mis lectores puedan tener del mundo y sus achaques, no dejarán de advertir cómo en esta universal anarquía, en este abandono del poder por quienes más debían sustentarlo y defenderlo, en este quebrantamiento de los resortes que mueven todo Estado, la situación de Gezar y su compañero Illán habría por completo cambiado, no sólo á sus propios ojos, sino á los ojos de sus antes vigilantísimos guardianes. Cuando las sociedades zozobran como el reino granadino zozobraba en aquella terrible coyuntura, no hay otro remedio, no puede haberlo, sino que recobre por una renovación la fuerza perdida el principio de autoridad, indispensable siempre para mantener la cohesión de los pueblos y el organismo de los Estados. Sucede, pues, en crisis tan graves como la de Granada, que los conspiradores, perseguidos y atormentados, hállanse muy cercanos á ser como árbitros y dueños de los mismos que los persiguen y atormentan. Así, pues, el espía que los cела, el esbirro que les echa la mano encima, el juez que los juzga, el carcelero que los aprisiona, recelan si el criminal de hoy pudiera trocarse mañana en Sultán y convierten, al recelo de un daño próximo para ellos, en atenciones y mercedes los antiguos cruelísimos rigores.

Imposible ni comprender ni explicar el cambio súbito en la situación de Gezar y de Illán, si no hubiéramos dado las previas explicaciones supradichas, porque tal cambio provenía del estado general de la sociedad granadina. Ya vimos á Illán por forzado de Hacem y á Gezar por conspirador en contra de Hacem, amarrados á la dura cadena de lóbrega mazmorra y metidos en regiones que parecen solo reservadas en este mundo á los muertos. Ya vimos que tumba de ciclópeas piedras les servía de habitación, y que pan de terrible negror les servía de alimento, y que paja de asquerosa podredumbre les servía de cama, y que buhos y lechuzas y murciélagos y ratas en legiones siniestras les servían de compañeros por aquellas infernales tinieblas. Ya vimos cómo la voluntariedad caprichosa de Hacem, resuelto á levantar edenes en la edénica Granada para regalo y recreo de algún sér caro á su corazón había interrumpido el cautiverio de ambos jóvenes, aliviándolo con el aire y la luz, pero recrudeciéndolo con los trabajos forzados y continuos bajo la chasqueante fusta de los esbirros y en las mismas férreas y pesadas esposas. Durante los primeros días la insolencia de sus capataces, las largas horas de sus faenas, los tormentos inferidos á sus cuerpos por los latigazos y á sus almas por las injurias, el mismo emparejamiento en las cadenas de dos seres tan contrarios y opuestos, así por su cuna como por su religión, hacíanles desear con mucha viveza ó un cambio próximo en su tristísima

pena ó un regreso á su antiguo estado: que tal es por necesidad irremediable la triste humana condición de voluntariosa y cambiante. Mas luego, en cuanto comenzó la misteriosa desaparición de Haces y el rumor que atribuía este suceso extraño á causas diversas pero todas contrarias á la permanencia del Sultán granadino en su trono, comenzó una verdadera flojedad en los guardianes de ambos jóvenes y un alivio verdadero de sus respectivos terribles cautiverios. Poco á poco, por indolencia de tantos y tan diversos oficiales como veían ya hecho pedazos el trono de su amo, cobraron costumbres de libertad Gezar é Illán, que les permitían así entenderse con las gentes granadinas á quienes tenían obligación ó necesidad de dirigirse, como urdir el término y fin de su cautividad con la victoria y logro de su causa. Illán, recto y leal á fuer de viejo castellano, adhirióse con inquebrantable adhesión á la causa y á la persona de Gezar; no sólo por cariño á éste, con quien había trabado fraternal amistad, por convicción de que, ayudando manifiesta y directamente las civiles guerras granadinas, ayudaba secreta é indirectamente los sagrados triunfos castellanos. Dotado el joven cautivo español de una prudencia solo comparable á su valentía y á su coraje, comprendió bien pronto que no le tocaba, por su estado y por los accidentes á su estado anejos, otra cosa más que servir al árabe y ayudarle con cuantas facultades y fuerzas recibiera del cielo en todos sus empeños y en todas sus empresas. El alivio de

sus fatigas llegó á un extremo tal que pasaba los días enteros en el campo trabajando según sus gustos ó no, y de noche volvía á sus prisiones donde se comunicaba con los demás presos y se divertía en goces y esparcimientos del espíritu. Así pudo allegar preciosísima guzla y cuando todo en torno suyo dormía, ciudad, palacio, naturaleza, en brazos de la noche, consagrar á su amada, reclusa como él en aquellos terreones, romances, obra unos de su inspiración y por tanto expresivos de su amor, obra otros del pueblo y por tanto expresivos de recuerdos antiguos que despertaban y evocaban el culto religioso propio de todos los españoles á la iglesia de su Dios y á la patria de sus padres.

Esto explicará la canción amorosa oída por Isabel desde su camarín y á los pocos minutos con otra correspondiente contestada. Estas canciones del cautivo cristiano, á la verdad, se desemejaban mucho de las canciones amorosas árabes, en cuyas estancias prevalecía la voluptuosidad propia de una religión y de una raza completamente sensuales. Había en los cantares de Illán á Isabel aquellas invocaciones al Dios de sus padres y á la pura Virgen María, inspiradas por la más viva fe religiosa y al mismo tiempo aquel casto amor proviniente de una confianza completa en que las dos almas en una sola y en una sola también las dos vidas, habían de confundirse tarde ó temprano, á pesar de su respectiva cautividad, bajo la directa protección del cielo, entrevisto por su consoladora esperanza,

lo mismo desde las tinieblas de su oscura mazmorra, que en la peligrosa compañía de los infieles, sus eternos y ardientes enemigos. Cuando tras aquellas canciones despedidas de su alma como el susurro de los arroyos, como el aroma de las flores, como el resplandor de los astros; cuando tras aquellas canciones sonaban otras en armonía con su letra y provinientes de Isabel, celebrando también el amor puro y cristiano, Illán dejaba sus propios afectos, sus íntimos recuerdos, su amor á la cautiva para volver su voz desde los senos de las mazmorras como una oración al poema épico de la patria llamado el Romancero, y que guarda en sus sonorancias estancias, impregnadas de poesía, expresión adecuada, como á todas las glorias, á todos los infortunios de nuestra heroica raza. Y entonces, cuántos versos compuestos por ese anónimo poeta universal que se llama el pueblo, cuántos no había que celebrasen así los gozos del triunfo como los dolores del cautiverio, y así los nombres de los santos que imbuyeran á la nación un alma, como el nombre de los héroes que dilataran su sacro territorio.

Sobre todo, la situación de cautivos en que ambos á dos se hallaban, traía á la memoria con viveza toda la poesía del cautiverio guardada en romances verdaderamente tristes y elegiacos. ¿Quién podrá en el mundo escuchar sin conmovirse la relación de aquellos amantes, que, adorándose desde su niñez, debían huir al patrio techo, porque sus

padres les obligaban por motivos y razones bien distantes del amor, á enlazarse con quien de ningún modo podían ellos amar? Y cuando, una vez huídos al hogar y entrados en bosques inexplorables, después de haberse jurado mutuamente guardarse la debida castidad hasta que Dios y la Iglesia bendijeran su deseada unión, cobraban las playas, y en las playas las naves que los ponían en salvo, su adversidad no estaba concluída, pues una maldita galera argelina caía inesperadamente sobre aquellos infelices y los llevaba esclavos á las mazmorras de Argel. Y ya en Argel, enamorábase del mozo la reina mora, de la moza el rey moro; y les ofrecían mutua y respectivamente sus sendos tálamos y sus deslumbrantes coronas, con tal de que renunciasen á su religión y á su amor. Mas como ellos no quisieran renunciar, pues el amor verdadero llenaba sus corazones y la religión verdadera sus conciencias, sacábanlos por calles y plazas, sobre carro-matos y ceñidos con cuerdas á grandes maderos, para descabezarlos entre muchedumbres no compadecidas en su fanatismo de tanta hermosura y no tocadas en su corazón por aquel cruento y terrible holocausto. A estos romances otros muchos seguían como los del mercader veneciano, que halló en Tunez á la princesa de Irlanda cautiva, y pudo rescatarla por haberla creído sus poseedores cadáver y cadáver judío, y haberla entregado así al reclamante, quien, á pesar de su amor, no pudo lograrla, sino tras mucho

tiempo y mucho trabajo, pues el capitán lo arrojó al mar, y solo por un milagro se salvó encomendándose á los santos de su devoción y recibiendo tras esta plegaria una tabla donde pudo arribar á puerto y desde allí al trono y al tálamo de su redimida en justo premio á la peligrosa y difícil redención.

Así pasaba el cautivo sus noches en la mazmorra, evocando recuerdos patrios á los sonos de la guzla, y con recuerdos patrios, afectos amorosos en el corazón de su Isabel. Todas las noches después de haber terminado la canción amorosa, Illán esperaba la respuesta, que tardaba más ó menos pero que sobrevenía indefectiblemente. Isabel, ó Zoraya, como quiera llamarla el buen lector, expresaba en sus canciones un amor todavía más recatado, más dulce y más puro, que los afectos por Illán encarecidos en sus habituales canciones. La desdicha irremediable hace que consuelos mínimos tomen proporciones de placeres extraordinarios; y cuando allá en las tinieblas de una mazmorra, en el silencio de una triste noche, penetraba la canción amorosa de Isabel y su respuesta constante por los oídos de Illán, ¡oh! sentía éste tan vivas y profundas emociones que le transportaban de gozo y le hacían ver todo aquel espacio de tristezas y dolores teñido por los vislumbres y reflejos de las más consoladoras esperanzas. Así, cuando salía en la madrugada para sus faenas diarias desde las profundidades oscuras de su nocturno encierro,

contaba las horas que habían de pasar y sucederse antes del regreso á la cárcel; y ni la vega con todos sus esplendores; ni los cármenes con todos sus vergeles; ni la roja Alhambra con sus torres de coral; ni el Darro y el Genil con sus arrullos; ni las trescientas poblaciones diseminadas por aquellos espacios; ni el Solair de la nieve con sus azules crestas; ni las catoree mil torres que resplandecían como estrellas de plata entre follajes de brillantísima esmeralda; ni las palmas sonoras; ni los miradores abrigados por los azulejos parecidos á rica pedrería, le agradaban como las cuatro notas de misteriosa guzla descendidas del haren y las cuatro cadencias de amorosas y cristianas canciones en que se confundían la fe y el amor.

Una noche, la noche del festín, sonó como todas las noches anteriores Illán las cuerdas del músico instrumento; entonó las endechas expresivas de su profunda pasión; y no tuvo ninguna respuesta. Cuando ya pasó algún tiempo de aguardar en vano, creyóse quizá en poca voz, creyó á la guzla enmudecida; y rasgó sus cuerdas con mayor empeño, y extremó su cantar con mayor esfuerzo en el justo deseo de ser escuchado y respondido por la mujer á quien idolatraba su ardiente corazón. Pero en vano; el silencio de los sepulcros respondió al llamamiento de sus cánticos abrasados en las impaciencias del deseo y en las tristezas que le causaba un caso tan desacostumbrado y tan adverso á su amor. Tres, cuatro veces cantó, subiendo cada vez

más la voz en su febril impaciencia, y solamente le contestaron las consignas de los centinelas en vigilia, los ladridos de los perros por las huertas, la lúgubre y tristísima elegía de las aves nocturnas por las torres. El silencio de aquella voz idolatrada le trastornaba el seso, le rompía en mil pedazos el corazón, sugiriéndole, con las tristezas propias de tan terrible instante, las previsiones de mayores penas y angustias. Cuando cerraba los ojos, veía el cadáver de Isabel, muerta quizá como las heroínas de los romances, tantas veces cantados, al amor de algún torvo Sultán que la quisiera tener por su renegada y por su manceba. El cerebro se le abría y estallaba violentamente al impulso de tales previsiones; anudábasele con terrible nudo la voz en su garganta; negra noche venía sobre sus ojos á más andar; é imaginaba que su juventud y su valor y su paciencia y su tenacidad no tenían ya otra salida sino la muerte y la muerte violenta como corresponde al desastrado, al vencido, al siervo, al infeliz, al esclavo, al metido allí, después de luchar heroicamente contra la fatalidad, en tinieblas espesísimas, bajo piedras semejantes á losas sepulcrales, sobre suelos que parecían humedecidos de lágrimas, y donde le faltaba entonces hasta el melancólico y lejano cantar que tantas veces interrumpiera sus tristezas y endulzura sus penas.

Al día siguiente, salió Illán de su mazmorra, semejándose á un muerto que saliera de su tumba, según el amarillor de sus mejillas y el mortecino cen-

telleo de sus miradas. Al verlo, su compañero Gezar, que le había cobrado en el recíproco y continuo comercio de sus dos almas un afecto idéntico al que por su parte Illán le profesaba, preguntóle si adolecía de alguna enfermedad súbitamente desplegada en las horas de su mutua separación.

Illán, que no guardaba secretos para el moro á quien mil veces dijera sus amores y sus esperanzas, contóle cómo había callado la voz de su amiga en aquella noche, cuando todas las noches anteriores sonara fiel, después de sus acostumbradas melodías. Trató de consolarle Gezar conjurándole á que aguardara la próxima noche, pues nada tan fácil como un fugaz y transitorio impedimento. Serenóse un poco el cristiano así con la comunicación de su pena como con los consuelos de su amigo, y aguardó á la noche próxima; pero aguardó en vano. Al mediar, según tenía por hábito, sonó convulso las cuerdas y entonó desesperado la canción; pero el silencio, sólo el silencio, respondió á su inspirada y sonora voz. ¿Qué había sucedido? Imposible averiguar en los inmensos palacios orientales el secreto que guardan avarientos los serrallos. Imposible saber qué había sido en aquellas noches de la cautiva tan fiel antes á sus respuestas y ahora tan callada. Mil veces pensó el joven cristiano romper su cráneo contra las duras paredes, y mil veces desistió á la esperanza de servir todavía en algo á la ventura de su amada. Cuando volvió de nuevo la riente aurora, y con ella la indispensable faena dia-

ria, Illán parecía una sombra tras las dos noches de terrible insomnio. Ya no quedaba más remedio que intentar algo conducente á la indispensable averiguación de lo que allí hubiera sucedido, para privarle de su consuelo único. Y nada tan conducente á conseguir el objeto deseado, como acelerar los trabajos de conjuración, que Gezar emprendiera de antiguo con todos los granadinos malcontentos. Así es que Illán, acostumbrado en su amistad por Gezar, á sugerirle consejos de prudencia, comenzó desde aquel momento, en su cariño por Isabel, á sugerirle consejos inspirados en su heroica temeridad.

El moro, impacientísimo por su parte, pues á todas horas le llegaban fatales nuevas respecto al estado inquieto de los ánimos en Granada, precipitó cuanto pudo la terrible conjuración. Ya hemos dicho, que la noticia de la desaparición del Sultán aflojaba la fuerza de los esbirros en tales términos, que despojaron á los presos de sus cadenas y les permitieron una relativa libertad. La única precaución que sus guardadores tomaban para prometerse la vuelta de ambos á sus respectivos calabozos, consistía en exigirles su honrada palabra de no escaparse. Dábanla ellos y volvían á la hora de anochecer, cuando el muecín rezaba desde los altos minaretes la vespertina oración. Todo el día teníanlo pues libre, y estaba en su mano aprovecharlo para cuanto les pidiera el gusto y les asaltara su voluntad. Gezar había con grande arte anudado rela-

ciones de los diversos bandos entre sí mismos, y relaciones de cada cual de ellos y de todos juntos con su persona muy ducha en el oficio y arte de conjurado. Así es que, oyendo los consejos de Illán, apresuró el término de sus maniobras y convocó los jefes de las tribus enemigas del Sultán á una caverna muy oculta, pero muy próxima del sitio donde trabajaban ellos, para levantar, como hemos dicho, nuevos cármenes y nuevas almunias en honor y para el gusto y el recreo de Hacem. Con el sigilo y disimulo propio de gentes habituédas á estas conjuras, fueron poco á poco reuniéndose para el día y el momento citados todos los varios jefes de aquellos granadinos bandos tan resueltos á una sublevación. Illán y Gezar, habían convenido en sostener su palabra honrada el día de fuga próxima, y captarse al mismo esbirro, su guardián, para que los siguiese y acompañase, pues preferían derrota y muerte á mácula en su honor. Mas cuando estaban ciertos de volver á su hora, no decían palabra y tomaban los caminos que les placían é iban á todos los sitios próximos, sin que nadie absolutamente les fuera de ningún modo á la mano y les celara sus habituales acciones.